AÑO XXIV. — Nº 1164.

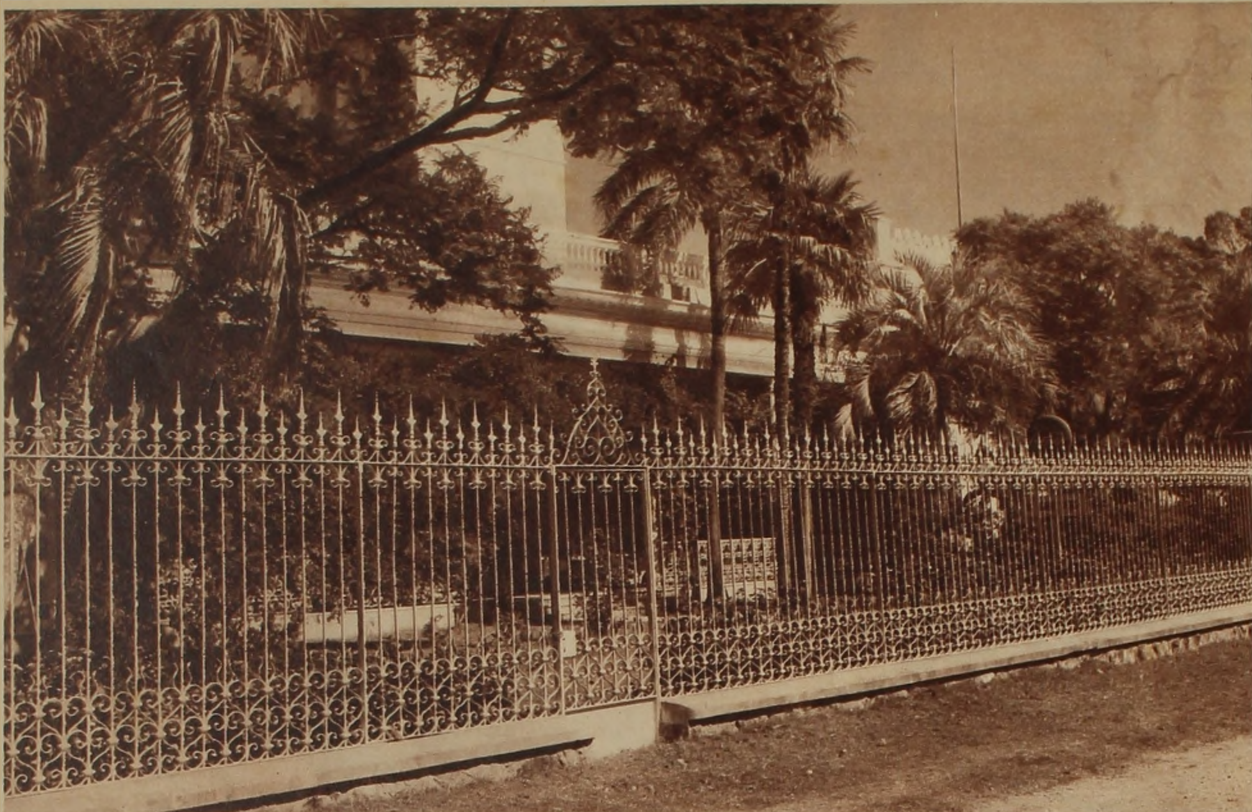
EL DIA

MONTEVIDEO, MAYO 8 DE 1955.



EL "PARADOR TAJES".
(Fotografía Juan Caruso)

Sobre la ribera del río Santa Lucía, y en los Cerrillos, a pocos kilómetros de la capital, lugar de sosiego y tranquilidad en medio de un extenso parque de monte nativo, y con embarcadero que también permite el acceso de los excursionistas del río.



Verja que circunda el edificio, en la galería donde está instalado el comedor al aire libre.



Uno de los atracaderos de residencia particular

EL "PARADOR TAJES"

APENAS traspasada la ciudad y sus murallas de altavoces estridentes, bocinas clamorosas, gritos y pregones, exasperados como clarines, se llega a pisar el suelo de la evasión y el silencio, soleada hondonada de natural fragancia, reino del sosiego a la orilla del río Santa Lucía, área de más de sesenta hectáreas de monte nativo que forman el maravilloso parque rodea el "Parador Tajes", de la Comisión Nacional de Turismo.

El edificio fue construído hace sus tres cuartos de siglo, y debió ser ardua empresa para ese entonces el levantar una fábrica de tal solidez y amplitud, transportando los materiales por veleros que remontaban la corriente, en el lugar de los Cerrillos donde don Joaquín Suárez construyera algunas casas de las que todavía existen vestigios. Tuvo destino residencial veraniego del general Máximo Tajes, y posteriormente destinado a centrar la estancia en que se criaban caballos para los hipódromos. Sufrió los azares de grandeza y decadencia de todas las cosas, y hace pocos años el Estado lo adquirió para transformarlo en centro popular de turismo de ribera, aprovechando un excelente atracadero de embarcaciones que lo hace cómodamente accesible desde Santiago Vázquez, y por tierra desde Montevideo, al que lo une —para nuestro gusto diríamos mejor que lo separa — apenas cincuenta kilómetros.



Pintoresco canal formado por un meandro del Santa Lucía. A la proa el señor Felipe Ruiz a cuya cortesía debemos la posibilidad de haber podido realizar esta información.

El edificio de sorprendente solidez y amplitud no hubo de necesitar sino pocas adaptaciones para su nuevo destino, conservando intactas todas sus características, incluso la decoración y el artesonado de la época, estando rematado por el típico mirador de las antiguas casonas, mezcla de atalaya y almenado desde el que se descubre la amplitud circundante, campo y río, panorama de colorida belleza, observatorio avizor del horizonte, rodeado el palacete de verjas puntiagudas como lanzas que hacen guardia a esculturas animalitas vigilantes alertas de los cuatro puntos cardinales.

Las reformas del edificio no fueron pues más allá que el de adaptar y modernizar algunas dependencias para su destino de bar-restaurant, siendo de sentir que no hayan sido utilizadas las inmediatas construcciones de cal y canto para convertirlas en alojamientos, mejora que no nos parece que hubiera de resultar muy onerosa y dotaría al lugar de las comodidades obligadas para retener al turista, ahora ineludiblemente fugaz y por sólo las horas de sol.

En un claro del bosque inmediato se ha instalado la llamada "Vaquería del Parador", atracción poderosa de la gente menuda que concurre con su vaso para tomar la leche espumosa y tibia al "pie de la vaca", y más abajo e inmediato a la ribera, una cantina-almacén en el lugar donde puede hacerse fuego, con su infaltable pista de baile, refugio preferente de excursionistas en corporación, a los que se ofrecen balsas y lanchas colectivas, a motor, para remontar el río en aventura marinera que les hace descubrir paisajes de insospechada belleza, remansos abovedados de arbustos por entre los que se filtra el oro del sol, y parecen estampas paradisíacas.

Y con estar todo tan cercano e inmediato, no interfieren la jubilosa algarabía de quienes acampan gozosos al aire libre, y bailan y cantan, mientras los fuegos arden y elevan volutas de humo con apetitosos aromas de carne asada, con el otro ámbito del parador, menos eufórcio y expansivo, más dado a la contemplación silenciosa que a las manifestaciones alborozadas. Allí el comedor amplio, lujoso, de aseado señorío, y con detalles de excelente gusto, se extiende con las galerías al aire libre bajo el toldo de glisinas, de madreselvs y jazmineros, que hacen deleitoso el estar. Por nuestra cuenta podemos testimoniar el placentero disfrutar de ese mediodía cálido, vibrante y luminoso el aire, con la excelencia de unos platos de insospechada exquisitez culinaria, y el vino casero servido en jarras, sin etiquetas de soleras, pero digno de merecerlas como credenciales de su potencia para alegrar el corazón.

*

La mayor atracción está en remontar el río e irle descubriendo el encanto de los cauces serenos donde el cielo alterna sus reflejos con el de los espinillos, mataojos, arrayanes, maraña de enredaderas que entrelazan los ramajes formando bóvedas vegetales en los canales, floresta tan



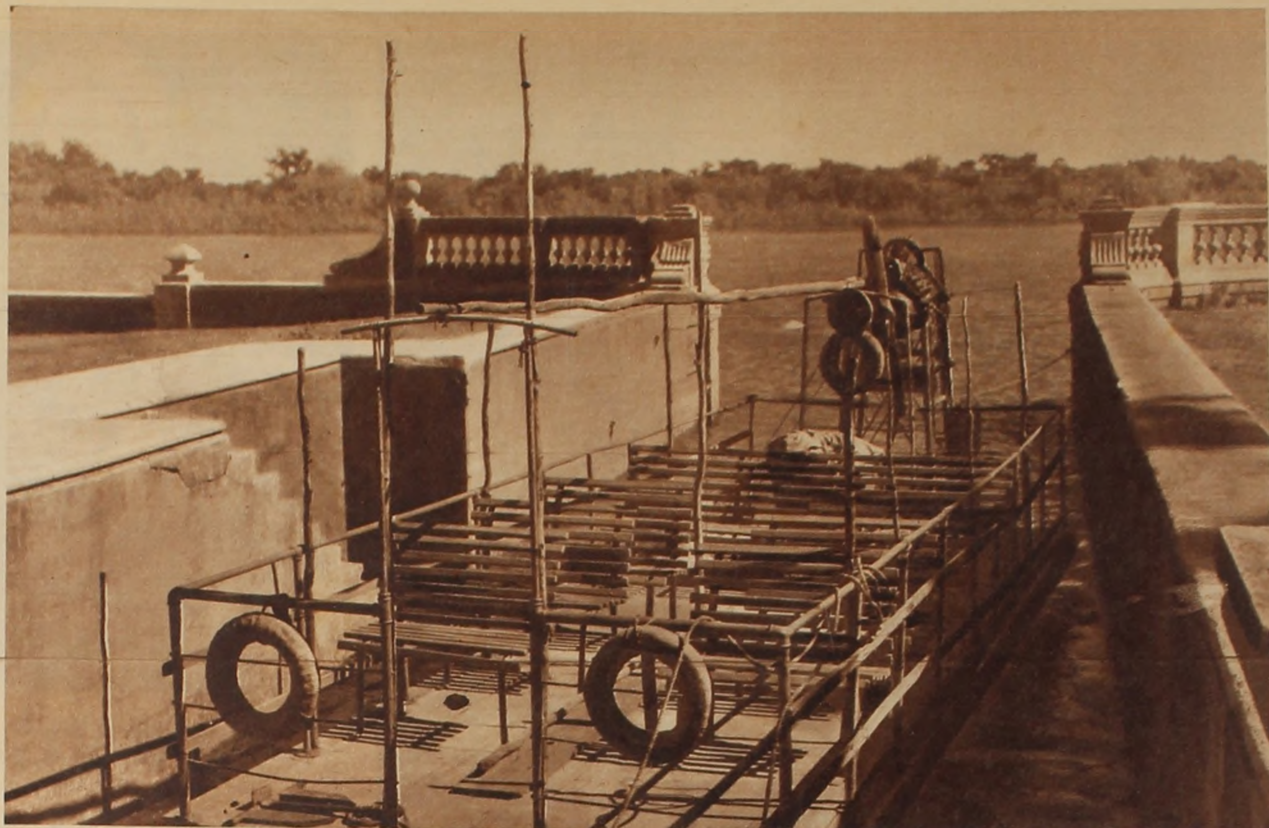
Desde el Cerrito de El Tigre, el punto más alto de la zona, lugar donde se proyecta construir un salón de te.



Club Náutico Cerrillos, a poca distancia del "Parador".



en la Isla del Francés.



Balsa para el transporte de pasajeros en las excursiones por el Santa Lucía. Tiene la curiosa particularidad de ser impulsado por una hélice de avión colocada en la parte postrera superior.

SOBRE EL SANTA LUCIA

tupida y agreste que no permite descubrir orillas ni playas en las riberas. Todo es arboleda arqueada como para tenderle puentes al río que algunos sauces flexibles han alcanzado, formándole túneles. Río flechado y kilometrado, como corresponde a una caminera, ofrece la tarjeta de su nomenclatura clavada en el tronco de un árbol, allí donde cambia de nombre, y también de líneas y colores por el afluente que le enriquece su caudal. Agua mansa y parda por el arrastre del limo, apenas burbujea cuando recibe el aporte de otro riacho o el tributo de algún arroyo, formando pequeños remolinos, señales de que se modifica el canal sólo extendidas para los navegantes que hacen girar entonces vertiginosamente la ruleta del timonel, como si le confiaran el rumbo al azar.

La ribera opuesta es la de la Isla del Francés, no menos frondosa y al parecer impenetrable, por lo que maravilla descubrirle en un recodo el atracadero de un espigón curvo con terraplén de cemento, punto de acceso a clubes náuticos, y luego otro y otros más, que pertenecen a residencias particulares, levantadas sobre pilares, lujosas, lindas de colorido con sus techos rojos y hasta con enjardinados al frente, apacible rincón para gozar de la existencia libre de las penalidades materiales, visión fugaz que desaparece de la vista antes que se pierda el trino alegre de una risa de mujer.

En algunos claros se descubren campamentos con toldas, gentes en vacaciones disfrutadas entregados a la naturaleza en forma dichosamente primtiiva, semidesnudos, para sentir la caricia de los elementos sobre la piel, y nos miran pasar sin ninguno de esos ademanes de llamamiento, o de despedida que siempre parece impulsado hacer el hombre quieto para el que se aleja.

Esta isla, llamada del Francés por un antiguo poblador, es larga como de ocho kilómetros, pero muy angosta, al punto de que, en algunos sitios, sólo alcanza el ancho de un centenar de metros, estando densamente arbolada de frutales y bosques madereros, llenos de miel silvestre y nidos de palomas que alternan con las avejas y las mariposas. En este punto el río San José se echa en el Santa Lucía y adquiere una gran amplitud, ideal para una cancha de remo y deportes náuticos que habría de darle animación a tan atrayente lugar de turismo en otoño.

Como todos lo saben, el agua del Santa Lucía es el botín principesco con el que se alimenta la ciudad, pero no sin que fuera necesario vencer al río para el tributo, represándole la corriente, remontándolo con veleros de subido tonelaje, a los que se atascaban en las bajantes, o se resistían al avance, cuando su correntada se hacía poderosa por las lluvias. Todavía se recuerdan, por las gentes marineras, que ahora conducen lanchas y motores de turismo, narraciones del tiempo heroico en el que una flota de 32 veleros, cargaba en el puerto de Montevideo, transbordadas de buques ingleses, maquinarias y cañerías, filtros y carbón de piedra que, en fatigantes jornadas, iban siendo conducidas, a veces, remolcados los veleros por cabos desde las riberas, hasta donde había de ser levantado un pueblo fundado para decantar y purificar las aguas, entubándoles su cielo para servir la ciudad.

AMARUX.

(Especial para EL DIA).



Riberas de la Isla del Francés, con atracaderos de lanchas y botes para los excursionistas.



Puerto Jackson, con balaustrada, acceso por vía fluvial del Parador.



El Dr. José Scoseria, leyendo su discurso en la ceremonia de colocar la piedra fundamental del edificio de la Facultad de Medicina (año 1904). A la derecha, el Presidente de la República don José Batlle y Ordóñez.



Cabecera de mesa en el banquete realizado en el Parque Hotel en homenaje al doctor Scoseria al dejar la dirección de la Asistencia Pública. Lo rodean: Enrique Pouey, Julio Bastos, Pablo De María, Eduardo Brito del Pino, Gregorio Rodríguez, Augusto Turenne, Francisco Lanza, Luis Piera.



Sesión de la Conferencia Portuaria celebrada el 8 de abril de 1930, a la que asistieron el señor Ministro Plenipotenciario del Uruguay en Buenos Aires, y el entonces Presidente del Consejo Nacional de Higiene, Dr. José Scoseria.



Con los congresales al Segundo Congreso Sudamericano de Química, realizado en Montevideo (16 al 21 de diciembre de 1930) que presidió el doctor Scoseria.

ENTREVISTAS SIN PALABRAS

JOSE SCOSERIA

SI pudiera escribirse una historia, síntesis biográfica de los hombres más representativos de la humanidad, no sería ciertamente la historia del mundo, pero acaso iluminara al hombre común para convertirlo en voluntarioso ser histórico. No nos referimos al culto ni al cultivo del Héroe, tan grato a Carlyle. Uno es el héroe y otro el hombre representativo. El héroe máximo de la antigüedad helénica fue Aquiles, y, según Homero, se distinguía por ser de pies veloces. Y no ha sido corriendo que el hombre ha tomado posesión de la tierra, sino afincándose en ella. Si algo trascendente encierra la velocidad, es porque permite llegar con ventaja de tiempo al lugar de nuestro deseo.

Un hombre representativo no es precisamente un héroe. Este vive más allá del hombre, mientras que aquél en hombre, y con y para el hombre. Por mucho que se nos hable de los héroes de la ciencia o del arte, la verdad es que el término no cuadra para la misión artística o científica que le es dable al hombre realizar en su vida. ¿Se concibe un héroe sentado? Y en reposo exterior — todo lo contrario al heroísmo— aunque en ebullición interior, es que los artistas e investigadores realizan su obra. En ellos lo que importa no es el movimiento sino la acción.

Leyendo la historia política, científica, artística, del Uruguay, encontramos tipos representativos, institucionales ellos por sí mismos en el mundo de las ideas, que logran continuidad institucional, por la sencilla razón de que se dieron cuenta de la necesidad que había en Uruguay de hacer cosas. La República tuvo constituciones. Toda constitución es un proyecto de vida política, aunque en ella se establezcan puntos concretos de realidad. Forma un continente en el que se especifican la libertad, la fraternidad, la igualdad, la justicia, etc., etc. A hueco suenan estas palabras cuando carecen de contenido sustantivo, real. Hay que llenar de substancia cada uno de los supuestos constitucionales. Justicia, Educación, Economía, todo se hallaba implícito en las Constituciones, pero sonaban a hueco, hasta que las corrientes históricas de renovación encontraron al equipo de hombres consonantes con el devenir histórico.

Alrededor de 1900 se estructura en Uruguay una coordinación de voluntades individuales e imperativos colectivos que plasmaron en un nuevo concepto funcional de la política y de la cultura. Sin esta feliz concordancia no se concibe el idealismo de Rodó, excepción dentro del realismo de los otros hombres; realismo literario de Acevedo Díaz y Horacio Quiroga; realismo pictórico de Pedro Figari; realismo musical de Fabini; realismo patético de Delmira Agustini; realismo filosófico de Carlos Vaz Ferreira; realismo político de Batlle y Ordóñez.

Entre las figuras más representativas del Uruguay, empeñadas en dar contenido a las ideas, a las instituciones, a la política, se destaca, con relieve ejemplar, el doctor José Scoseria, empeñado a su vez en dar contenido a la ciencia médica. Como hombre de su tiempo, mitad de su vida del siglo XIX, la otra mitad del siglo XX, y vivió 85 años, no hacía de la ciencia un menester aislado de las necesidades del hombre como individuo y como parte de la sociedad. Porque supo dar a su ciencia impulso humano y derivación social, es por lo que su obra ha contribuido como la que más al progreso institucional del Uruguay.

Su *curriculum vitae*, desde Bachiller en Ciencias y Artes en 1879, Doctor en Medicina y Cirugía en 1884, hasta Presidente de la Comisión Revisora del Código Sanitario en 1940, está formado por una serie ininterrumpida de presidencias, delegaciones, condecoraciones y representaciones de máxima distinción. Destaquemos, por honor profesional, su profesorado de Química Médica, y luego Química Biológica, de la Facultad de Medicina. Decano, durante tres períodos, (1898-1904), de la Facultad de Medicina, Director del Parque Sanitario de la Cruz Roja (1897), Director de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia, Director de la Asistencia Pública Nacional, Presidente de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, Fundador del Primer Consultorio de Gota de Leche, de la Primera Copa de Leche Escolar y de la Primera Colonia de Vacaciones.

Hemos designado, aun pecando de monótonos, algunos de sus cargos y las fundaciones de su actividad asistencial, precisamente para evidenciar a los lectores, cómo el doctor Scoseria tomaba rumbo hacia el contenido social de la Medicina. No era sólo un médico para curar enfermos, sino un hombre de ciencia interesado por la salud de sus conciudadanos antes, durante y después de las enfermedades. Para él el enfermo no era un mero caso clínico, sino fundamentalmente, una realidad social compleja, que debe atenderse, no sólo con medicinas sino con la múltiple profilaxis del estado general de sus relaciones sociales, lo colectivo de su filiación económica y lo concreto, individual, de su patología. Su preocupación no se desentendía, naturalmente de la enfermedad de cada uno, pero tendía a evitar que el hombre se convirtiera en una realidad enfermiza. Compartía, no sabemos si con el mismo rigor dialéctico, el ideal de Juan B. Justo, cuando se decía, que poco se adelantaba curado a un enfermo si no se evitaban las causas por las cuales los hombres se enferman. Lo que importa pues, es curar al enfermo, pero sin perder de vista la cura de la sociedad de la que el hombre es una víctima.

Sus palabras nos definirán cómo entendía su misión. En diciembre de 1939, escribiendo sobre la "función y misión de los ases", decía: "servir es entregarse, dar lo mejor de su voluntad, de su actividad, de su inteligencia, de su experiencia para el beneficio de la colectividad. Servir es hacer el bien, evitando el mal ajeno, ele-



Celebración del Cincuentenario del Ateneo de Montevideo, en julio de 1936. En primera fila puede verse, de izquierda a derecha, a los señores Orestes Baroffio, Dr. Carlos M. Prando, Dr. Augusto Turenne, Dr. Eduardo Acevedo, Dr. José Scoseria, Dr. Carlos Vaz Ferreira y Dr. Rodolfo Mezzera. En planos inmediatos están la doctora Paulina Luisi, los doctores Juan Pedro y Ramón P. Díaz, Dr. Alvaro Vázquez, Sr. Carlos Zum Felde, y otros distinguidos ateneístas.

vando al caído; y por eso las palabras: "Servicio Social" han adquirido la jerarquía de hermosa y fecunda demostración de la solidaridad humana". Palabras que encierran el contenido y visión de su "Memorándum sobre seguro social y sobre reforma de las organizaciones de higiene y de asistencia en Uruguay".

Este hombre múltiple, polifacético, fundacional, que a la par de su profesión y cátedra se deleitaba en la música, en la poesía, asiduo espectador del teatro, era de una dignidad afilada a la par que de una humildad hija de su sentimiento solidario. Así lo vemos a través de sus escritos, del comentario devoto de sus hijos, del respeto y cariño con que lo evocan sus discípulos, y por lo que más importa, la admiración que le conservan los que fueron sus contrarios en los años polémicos de su obra. De sencillez y reconocimiento a la labor general de los hombres, cuando decía, agradeciendo el homenaje que se le tributó en 1934, por sus cincuenta años de labor científica y docente: "nuestras acciones son generalmente la resultante del esfuerzo de muchos que, conscientemente o sin saberlo, han colaborado en ellas, son el producto de múltiples esfuerzos; a veces el trabajo de una o varias generaciones han influído en su realización Somos en realidad la resultante de las acciones del medio en que actuamos". Y cerró su discurso recordando las palabras de Goethe que nos permitimos reproducir: "Cada uno de mis escritos me ha sido sugerido por millares de personas y de objetos diferentes: el sabio y el ignorante, el débil y el fuerte, el niño y el viejo han colaborado en realidad y es ese conjunto lo que lleva el nombre de obra de Goethe"

Con este sabor de hombre y para el hombre se concibe la realización de las grandes obras. Suyo fue el proyecto de creación del Instituto de Higiene Experimental, el primero en Sud América en esa disciplina científica. A su aliento científico se debió la consagración de la cátedra de Anatomía Patológica con su correspondiente Museo de Anatomía Patológica. A él se debe el proyecto de reforma y reorganización de los Estudios secundarios, en sus ciclos de enseñanza liceal y preparatorio. Creación del Laboratorio Central de las Clínicas en el H. Maciel. Creación del Laboratorio de Micro-fotografía. Instalación del 1.er aparato de Rayos X para su aplicación a los servicios clínicos. Su obra es preciso designarla diciendo, etc., etc., etc., con los que tantos vanidosos llenan el vacío de su obra, pero que en él se hace necesario para no alargar excesivamente la paternidad nominativa.

Poseía, como complemento de su inteligencia, la capacidad de adaptación a los nuevos usos. Si exteriormente podríamos valorar esta modalidad suya, viendo su tránsito del chaqué a la túnica, como indumentaria de trabajo, intelectualmente la expresaba aceptando los nuevos descubrimientos y las nuevas teorías con sed de alumno, con capacidad diaria de asombro y de interrogante ante la vida. Vivió siempre alerta, entusiasmado de su obra y de la obra de los demás y acaso sea ese entusiasmo lo que aclare la portentosa capacidad de trabajo que le acompañó hasta sus últimos días. Entusiasmo con alegría. Sus hijos lo recuerdan. Me dicen que su hogar era una diaria fiesta de familia. Los problemas que pudieran entristecer la convivencia, quedaban más allá de la puerta de la calle. Al hogar llegaba el hombre bueno con un mensaje de salud moral para los suyos.

¿No sería su preocupación moral, el deseo de hacer de los hombres seres responsables ante sí y ante sus prójimos, lo que determinada su personalidad y su obra?, Sabido es que suya fue la iniciativa de quitar las imágenes religiosas de los establecimientos públicos de asistencia social. Esta medida dio lugar al ensayo de Rodó, "Liberalismo y Jacobinismo". En realidad la diferenciación que hace Rodó no la vemos muy acertada, pues tiene del jacobinismo un concepto bastante convencional. Pero esto no viene al caso ni amengua la admiración que conservamos al autor de "Ariel". Lo que deseamos destacar ante los lectores es el valor del doctor Scoseria —y el valor adquiere en él categoría filosófica— oponiéndose a que se humillara la moral de unos hombres, la laica, que nada puede envidiar la otra moral— sería cuestión de discutirlo — la religiosa, en lo que a la convivencia de los hombres se refiere.

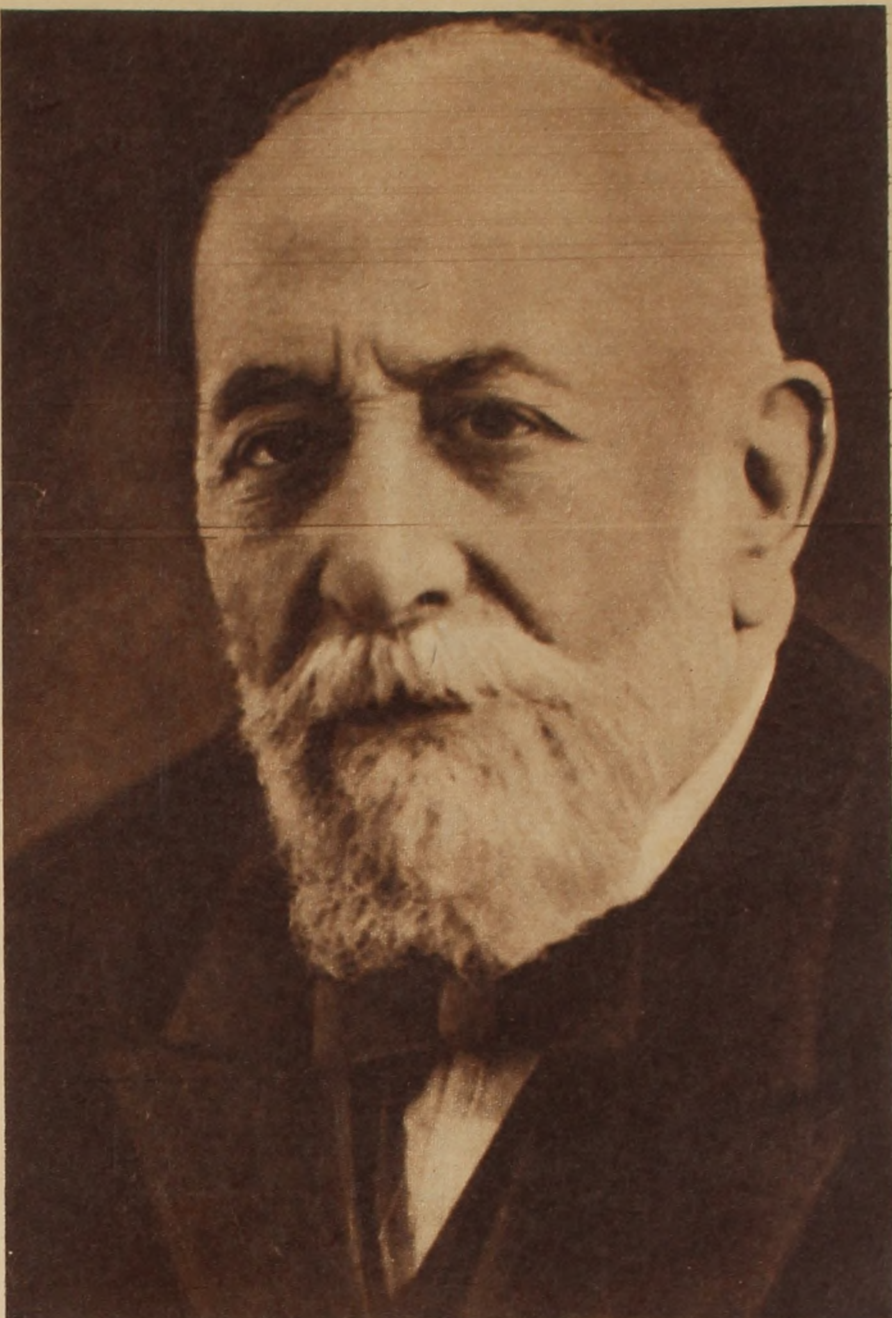
¡Cuánto ha llovido desde entonces!, dicen los llamados indiferentes. Es verdad. Pero lo malo es que ha llovido inútilmente. El doctor Scoseria no quería Cristos en las paredes sino en la conciencia de los cristianos, por la misma razón que los malos cristianos quieren Cristos en las paredes porque les molesta en la conciencia. Hoy, algunos, muchos, de los llamados liberales, se escudan en su liberalismo, que en realidad es falta de carácter, diciendo que, por ser liberales, lo respetan todos, incluso las ofensas al espíritu laico. El doctor Scoseria, laico, no necesitaba de blanduras liberales para respetar las creencias de los demás, sencillamente porque no permitía ofensas a su laicidad. Su actitud en este problema fue consecuente, lógico, armónico dentro de la realidad social uruguaya. Las religiones pueden exhibir en sus templos cuantas imágenes quieran, pero en los templos de la salud pública, creados para hombres de todos los credos, la exhibición reglamentaria de unas imágenes es una ofensa a quienes no crean en ellas. Y no hay ley justa que tenga por finalidad ofender a los hombres.

~~Por estos~~ antecedentes, en ~~esta~~ su ~~fecha~~ aniversario del 8 de mayo, hemos querido evocar la figura de este gran patricio, hombre de ciencia, trabajador infatigable, espíritu laico por puro ejemplo de fortaleza y de bondad dignas de imitación, para que en algo contribuya a elevar la inquietud de los jóvenes de hoy. Que aprendan a pelear como él peleó, que fortalezcan su carácter, que se apresten a la defenas de las instituciones democráticas de la República, con la misma entereza con que él las defendía. El porvenir de los pueblos es labor de todas las generaciones. La del doctor Scoseria, él en primera fila, cumplió su deber. Es a nosotros que nos toca cumplir el nuestro.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Castillos (Rocha), 1955.

(Especial para EL DIA).



Uno de los últimos retratos del doctor José Scoseria.

Borrador autógrafo de la dedicatoria puesta por el doctor Scoseria, en el ejemplar de la "Memoria de la Asistencia Pública" del año 1913, enviado al entonces Presidente de la República, don José Batlle y Ordóñez. Dice así: "Al Sr. Presidente de la República ciudadano Don José Batlle y Ordóñez, que, integrando la Comisión Nacional de Caridad con elementos francamente liberales, hizo posible la iniciación de la obra de laicización de la Beneficencia Pública y puso al servicio de ella toda su autoridad y el prestigio de sus ideales humanitarios, contribuyendo así a que se alcanzara la actual organización de la Asistencia Pública, que sustituye a la arbitrariedad de la limosna, casi siempre humillante, el reconocimiento de un derecho impuesto por la solidaridad humana. Agradecido a su concurso y múltiples atenciones"...

MARCO FIDEL SUAREZ

(EN SU CENTENARIO)

LA lucha política no sólo es cruel; salvajiza. Los hombres cegados por la ambición de poder, no reparan en argumentos ni brutalidades. En Colombia, que entonces vivía su Edad de Oro de tolerancia política, ocurrieron episodios lamentables como éste que en seguida narro, pero los salvaron la libertad de que se disfrutaba y el estupendo aire cívico de sus hijos. Don Marco Fidel Suárez, presidente de la República hasta 1921, y a quien traté en 1923, sufrió terribles ataques. Los peores, claro, de los ambiciosos de su propio partido. El era cristiano, culto, talentoso, bueno y honesto: peligrosa aleación para provocar la ira de los inferiores. Escribía a conciencia y a lujo. Los "Sueños" de "Luciano Pulgar" ornaron por largos años las páginas de "El Nuevo Tiempo", que dirigieron el doctor Abadia Méndez (otro presidente) y el poeta Ismael Enrique Arciniega. Un día en la Cámara, alguien enrostró a Suárez su origen ilegítimo, del que no se avergonzaba, sino al contrario. Suárez, con su infinita paciencia y agudeza replicó: "No se equivoca Su Señoría, yo soy hijo del amor, pero Su Señoría es sólo hijo del deber".

Terible respuesta. Insistieron en el torpe ataque. Suárez, alto, de hombros empinados, de palabra clara, contraatacó a otro que se jactaba de sus antepasados: "La prosapia de Su Señoría termina con Su Señoría mismo; la mía comienza conmigo..."

Este era el hombre a quien conocí una mañana en Bogotá, hace treinta y dos años, junto a un Cristo de Cano, en una pieza monacal, y que en seguida me empezó a hablar del Inca Garcilaso, a propósito del puerto de Buenaventura. Ahora compruebo una curiosa coincidencia. El centenario del nacimiento de Suárez se conmemoró el 23 de abril de este año: el aniversario de la muerte del Inca es el 23 (casi seguro) de abril, pero hay que referirlo al año de 1616, apenas...

Suárez vestido de oscuro. Tenía la cabeza puntiaguda casi, y pelada, como el Misti de mi patria. Cabeza de pico nevado, himaláyico. Una barba corta y blanca le rodeaba el rostro moreno, de ojos profundos. Es lo que recuerdo. Se sentó en una silla de alto espaldar. Miró el Cristo y se puso a pensar en voz alta. Durante su gobierno, las relaciones con el Perú no habían sido buenas. Nos habló de eso con sencillez y diginidad.

Hacía dos años de su tragedia. Siendo presidente, pidió prestados unos dineros para subsistir, y empeñó su sueldo de jefe del gobierno. Una ingenuidad sin remedio, y un acto de honestidad sin disputa. Laureano Gómez, su compañero de partido, lo crucificó con el escándalo. Don Marco Fidel atento a la voz del Parlamento envió sin más su renuncia a su altísimo cargo. Alguien evocó entonces. En años pasados, siendos ambos políticos, Laureano Gómez había dicho refutando al Ministro Suárez: "Lo que pretende Su Señoría es tratarnos como si fuéramos ovejos". Suárez interrumpió: "No existen tales ovejos". Gómez tajante duplicó: "¿Y cómo llaman a los machos de las ovejas?" Suárez ripostó de inmediato: "Carneros, Su Señoría. carneros". Desde entonces algunos traviesos apodaron a Laureano "el ovejo Gómez". En 1921, éste zanjó su deuda, precipitando a la dimisión al Presidente Suárez por el terrible delito de ser pobre y empeñar sus sueldos presidenciales. Cuatro años después, en 1925, la Cámara sobreseyó al anciano. Dos represenantes fueron a comunicarle el veredicto. Suárez los recibió junto a sus nietos: —"Me volvéis la vida porque me volvéis la honra— les dijo. Nada tenía ya que esperar para mí... Me regocijo por estos nietecitos... En lo sucesivo podrán levantar su frente sin que nadie, con justicia, pueda decir que no descienden de un hombre honrado".

Y él... A veces habló en los *"Sueños"* de "la lavandera que me dio el ser". Ella se apellidaba Suárez. El tomó su apellido. Años más tarde, un caballero muy bien quisto visitó al entonces joven Marco. Fue a revelarle que él era su padre y a darle su nombre. Suárez muy dignamente le contuvo: "Estoy muy contento con el apellido que llevo. Suárez se apellidó una santa mujer que sacrificó su vida por mí; no lo cambiaré nunca; gracias, señor."

Cuando, en plena lucha política, alguien le preguntara con sorna: "¿Y de quién es usted hijo?"; él contestó con espartana grandeza: "De una debilidad de mi madre".

¿Quién manejó el castellano con más estupenda maestría que don Marco Fidel? Durante la campaña presidencial de 1919 o 20, se enfrentaron dos candidatos del partido conservador, dividido entonces como el liberal en 1946. Guillermo Valencia versus Marco Fidel Suárez, la poesía versus la prosa, el más grande lirida contra el más grande prosista. La campaña fue digna de una Academia. Valencia declamaba *"Anarkos"* en las plazas públicas. Don Marco ensayaba los metálicos párrafos de su magnífica *Oración a Jesucristo*. Repetiré lo que dije en una crónica de 1923: "Como es natural, venció la prosa; Valencia, que zahirió duramente a su adversario durante los debates de 1921, se arrepintió más tarde y depositó una corona de versos suyos sobre la tumba del patricio, abierta en 1927, a los setenta y dos de su edad.

Una vez me desafiaba un admirador de Suárez a hallar una sola palabra repetida en un largo *"Sueño"* de una plana entera del diario. Confieso que me fue difícil encontrar muchos "que", tranquillo horrible del estilo pulcro. El señor Suárez poseía una riqueza idiomática aplastante. Desde luego, la riqueza de ideas no podía quedar a la zaga.

Si me preguntaran en qué estoy de acuerdo con la doctrina de Suárez, tendría que responder con muchas negativas. Empero, las afirmaciones, aunque pocas, bastarían para justificar una adhesión por su honradez, por su valor cívico y moral, por su cultura espléndida, por su consecuencia. Nada recibió del destino y le venció llamándole providencia.

Colombia ha dado grandes varones en política y civismo. Suárez figura entre los mayores. Si alguien pudiera lucir con total derecho el título de "self made man" lo fue él. Con todo, la suerte le resultó a menudo adversa. De sus dos hijos, perdió al mayor cuando tenía 20 años y estudiaba en los Estados Unidos. He leído que pidió entonces a un amigo astrónomo que le indicara qué estrella iluminaba perpendicularmente la tumba del muchacho. Cuando lo supo, dio en asomarse todas las noches a su ventana, a contemplar esa estrella, mensajera impasible de su tremendo amor de padre, de su irrestañable y definitiva tristeza.



Don Marco Fidel Suárez, que fue Presidente de Colombia.

A mi me dio la sensación cabal de eso: de tristeza. No abatimiento. Soledad. Me escuchó con serenidad, yo piafante en mis veintidós años. Luego me dio una lección de historia, sobre mi Garcilaso, y otra de altura ética al no mencionar para nada las amargas circunstancias de su caída.

¿Caída? Nunca la conoció don Marco. Recuerdo que un poeta y dos periodistas amigos me asaltaron al salir de la casa para conocer mis impresiones. Me los quedé mirando con sorpresa. Apenas articulé algo así como: "no podría decirles sino que me he sentido muy pequeño, muy pequeño".

¿Equivocado Suárez? Sin duda, y con frecuencia. Empero, en la vida no es el asunto principal dar en el clavo de cualquier modo, sino enseñar cómo se debe dar en el clavo, aunque esté torcido y uno sin fuerzas. Adquirir el sentido de la justicia y el de vencer la adversidad. A Suárez le enjugaba la pena su fe en Cristo. Desde la efigie de Cano le asistía mientras conversaba. El se dirigía a ella como quien pide excusa, consejo y tolerancia. Tuve para mi que la mitad de las palabras, cuando menos, estaban dirigidas al Mesías; yo no servía sino de pretexto para una oración laica y en voz alta.

Colombia celebró este 23 de abril el primer centenario del nacimiento del gran escritor, gran ciudadano y gran creyente. Por encima de las discrepancias, todo hombre honrado de veras rinde sus banderas al paso del insigne hombre.

Luis-Alberto SANCHEZ.

Especial para EL DIA.



El tejedor de Otavalo atiende a la marcha de su elemental maquinaria.



La india de Zámbiza dentro del atuendo de sus vestidos.

INDIOS DEL ECUADOR

ES de importancia el estudio acerca de los avatares de los indígenas de América. De sus viajes desde las mesetas andinas hasta los campos litorales. De su entremezclado proceso que sobre todo en las épocas prehistóricas se ofrece a una difícil penetración por entre los documentos arqueológicos y a varias hipótesis frente a las cuales los más sapientes observaron una cierta actitud de reserva. Pero es la verdad que no puede afirmarse nada concreto sobre el origen de los primitivos pobladores del nuevo Continente, por más que valga la teoría de la antigüedad del hombre americano, y que cuando las ciencias históricas logran encender lámpara de firmeza, nos encontramos con los caudales de inmigración ocasionados por la movilidad de los climas: por los remolinos de las guerras en masas, o quizá por ese ingénito anhelo de buscar las fértiles leguas, los valles cuya hospitalidad se caracterice por la dulzura del ambiente, o los lugares defendidos por las montañas en son de natural fortaleza.

Viajes intercambiados de una intensidad tal que halle semejanza con la de los modernos habitantes del mundo, y desde luego de más extraordinaria prueba, por las distancias salvadas a pie o a lomo de llama, que justifican aquel "ir y venir de gentes" al que se refiere Oscar Ofrén Reyes en su *Historia*, se tradujeron en una mezcla como para que aparecieran en los sitios del Altiplano o a la vera de los ríos costeños, o en las pintorescas orillas de los lagos, tipos raciales de una conformación nueva, no obstante los rasgos que definen los caracteres de su procedencia.

Indígenas de Logoa Santa, de Brasil o las regiones amazónicas; caribes y arawacos, de raíces antillanas; chibchas colombianos y de Centro América; mayas y quichés; por fin, collas y quechuas de Bolivia y Perú, establecieron esa corriente, como de fluviales arterias, por lo penetrativas y fecundadoras, que alentó en el ancestro de nuestros indígenas, sin que se llegara con exacta claridad, a determinar de cuál añeja linfa se han nutrido los indios que poblaron, originariamente, los campos de pan sembrar que se apoyan en las frías faldas de la cordillera o los que levantaron sus primitivas moradas cerca de los ríos orientales o en la boscosidad de Occidente, ya que es igual la extensión de los chibchas colombianos desde el Carchi a Loja, y si los aborígenes de Tiahuanaco erigen su dominio en Tungurahua y Chimborazo, en la época del descubrimiento hay numerosos mitimaes de Cuzco, Bolivia, Argentina, formando parte del imperio incaico cuyo poderío hallará su fin por obra de los hombres barbudos de cruz y espada.

Si tal examen de milenarias cepas es particularmente atractivo, la misma letra de aquellos eruditos nos lleva a considerar la fusión numerosa que representa el indio contemporáneo, sin que haya perdido las condiciones físicas y temperamentales de sus átavos, ni las de sujeción y casi esclavitud en veces, impuestas ya fuese por el principio despótico de las superioridades raciales; por el interés explotador de apariciones semejantes en todos los lugares de la tierra, y en parte, también, por la índole esquiva de quienes, poniéndose como en contraste con el *blanco*, acentúan su reserva y su desconfianza.

Más, aparte del caso de tribus indómitas que en lo profundo de las posesiones selváticas se guardan o se defienden, y dando por conocida la labor misional que ha penetrado con humanas y despejadoras luces quizá suene a desmesurada leyenda de hoy, aun cuando hubiese sido realidad de antaño, la de la ferocidad de reductos de antropófagos y la de los cortadores de cabezas del Amazonas, cuyo decrecimiento es evidente, a medida que avanza la falsificación de esa miniatura de rostros humanos reducidos por el arte de milagrosos cocimientos.

No obstante la obra salvadora del arqueólogo, casi sepultas quedan las manifestaciones de la civilización de nuestros aborígenes. Pero algo puede vislumbrarse de su poder de artistas, de su destreza de químicos, de su saber medical, de su recio pulso de arquitectos. Fueron los caribes, por la mayor parte de las opiniones, quienes establecieron la industria metalúrgica, especialmente la del oro y el cobre, y siguiendo procedimientos egipcios momificaron cadáveres, habiéndose distinguido, cuando hostiles, en el trofeo cruel de la reducción de cabezas.

Parece también que de su lengua quedan los nombres de volcanes y de individuos. Así el Cotopaxi es el sitio sagrado del rey de la muerte. Imbabura la elevación de donde nace el agua. Cayapa el salteador de montes. Shyri, término que se había tratado de identificar con el hombre de la región fría, vale tanto como varón o jefe.

Por otra parte, y para seguir el que pudiera llamarse tránsito del indio o historia de su vida y pasión, conviene observar que a la postre del entrecruzamiento de ramas indígenas que pudieran tener un mismo origen, nuevas fusiones tendieron al mestizaje, a un blanqueamiento de su tez cobriza. Sobre todo en poblaciones aborígenes cercanas a las ciudades, al propio tiempo que se limpia su vivienda, vuélvese más sobria su indumentaria y el indio emprende, con diversa fortuna, en trabajos y empresas que a veces aventajan a los de sus congéneres de otra raza...

Muy cerca de la ciudad de Quito, en un pueblo de unánime nota blanca y de casas sobre cuyas enjalbegadas paredes es de rojo sin ardor el de la distribución igual de los tejados, vive el zámbiza. Se cree en su procedencia de inmigrantes bolivianos y peruanos, cuando no se rastrea en posibles ancestros orientales o se invoca al somatismo para encontrar los perfiles egipcios de su fisonomía. El indio zámbiza es agricultor, albañil, comerciante, o emigra a la ciudad para desempeñar, siempre con inteligencia, los más variados oficios. Aprende pronto la "lengua de Castilla", sin perjuicio de continuar entendiéndose con los suyos en el melífluo quechua, y el distintivo de su fuerza y su recato, la larga coleta que suele peinarse en gruesa trenza atada por lazos de cinta que siguen la simbología de los colores según su estado y su ánimo, ha de caer bajo el golpe de las tijeras, al tiempo que se despoja de su pantalón de lino de su *poncho* de apretado tejido de lana, cuando se enrola en las filas de los obreros de la capitalidad.

La mujer le aguarda en su pueblo porque el zámbiza no se desprende enteramente del lar. Más bien le anima la esperanza del regreso y la provisión de recursos, y el mejoramiento. La india gusta de los colorines, del preciosismo de bordados y recargo de adornos. Ciñe la falda partida hacia el lado derecho (anaco), con una faja de dibujos regulares trazados con hilos de colores. Resaltan en la blusa blanca o de tonos claros las flores de encaje. Largos collares, formados de monedas y pepas de carozo penden sobre su pecho y le ajustan la garganta menudas cuentas de vidrio. Cubre su cabeza con un tocado de *bayeta*.

Otavalo, la ciudad de los lagos, es la de uno de los tipos indígenas más bellos y laboriosos de Ecuador. Los tejedores que fueron desde la manufactura trabajosamente desarollada con unas elementales piezas, hasta la composición de telares en los que un mecanismo de madera acciona con la matemática de maquinaria de hierro, para entrelazar los hilos, ajustar su delicada trama, distribuir las guardas y los colores, hasta que la tela salga completa, en variedades de calidades y dimensiones.

Su paisaje es el del lago de San Pablo, miniatura del mar por su ola de mínimo verde y su menuda población de gaviotas. Brilla la tez, de menos acusado bronce, de los otavaleños. No tienen los pómulos pronunciados. Las líneas de su rostro se animan de inteligencia y gracia y entre las indias hay algunas de peregrina belleza quizá por ellas mismas descubiertas cuando se aproximan, cotidianamente, a los espejos de sus aguas.

Raza de fortaleza, emparentada con los caranquis que cayeron en la lucha de tribus en las aguas de Yahuarcocha para teñirlas con la sangre de tres mil; relacionados quizás con los imbayas, corresponden a una nueva tipificación del indio, despierto y moderadamente ambicioso, que gusta de acrecer su economía, aun cuando en ocasiones la eche al viento, movido por los resortes de la fiesta o por el deber del priostazgo.

Se ha dicho que si hay en Ecuador un universal viajero, ese es el de Guano, la población que se asienta al amparo del Chimborazo, uno de los volcanes más elevados del mundo y cuyo nombre, en lengua indígena, significa nieve arrebolada. Si de aborigen rama, el guaneño es ya un producto del mestizaje. Sale pronto, vence todos los caminos y alcanza maestría en las más difíciles o disímiles actividades. Se le encuentra en todas las latitudes, hasta como para probar que en las veredas de Guano se aclimataron, en pasados siglos, los antecesores del Cosmopolita. Si son muchos los guaneños que parten, los que se quedan en la tranquila contención de su parcela, son millonarios tejedores de alfombras. Su obra marcha sobre la que se dijera sólo una elemental disposición de carrizos y el ajeno a la excepcional destreza de su agilidad y precisión, no se explica de pronto como van entretejiéndose los hilos coloridos para formar los dibujos más completos, los ramilletes de la flora de aquí o de ultramar más perfectos. Secreto de fijeza el de sus colorantes; combinación la de sus hilos como para la longevidad de las alfombras.

Viniérase el indio de Loja de los mitimaes que sentaron sus reales desde esa región del sur hasta el norteño Carchi; fueran descendientes de los malacatos y paltas, pero su misma condición aislada o su propiedad de reducto, poniéndoles más en contacto con los españoles o los de ramas castellanas, pulieron su tez y su habla. Ved esa india de Loja, con indumentaria escogida y sobria. Viste de colores negros y blancos. Sombrero de lana endurecida, de copa redondeada y angostas alas. Aretes de piedras de similor y colgantes de plata. Collares de cuentas de abalorio. Cúbrese con una *macana* de leve tela y lleva un rebozo de lana oscura para defenderse de la intemperie de los más altos climas. Su conversión está matizada de arcaísmos y giros verbales graciosamente clásicos.

Augusto ARIAS.

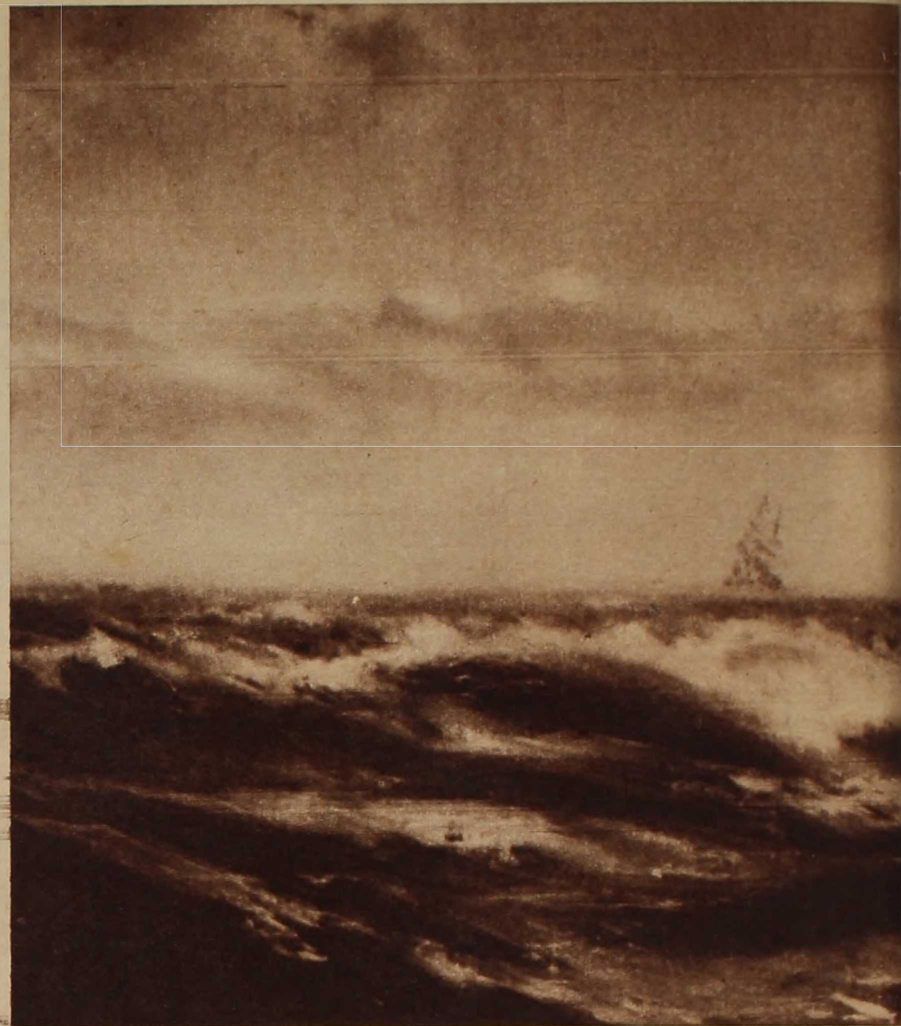
(Especial para EL DIA)



Estampa de la gallarda y blanqueada india de Loja.



Alesandro Magnasco. "Ermitaños".



Manuel

EXPOSICION de

LA exposición que inaugura la temporada de la "Galería Montevideo de Artes Plásticas" se denomina "de Otoño" y reune un diverso conjunto de pintores tan diferentes entre sí que recorren las épocas más disímiles entre el siglo XV y los días actuales. Dentro de este panorama tan amplio la cuestión que plantea la muestra es si ha logrado una unidad de ambiente. Si la diferencia entre los artistas es tan grande el problema está en unirlos por la calidad. Hay antiguos y modernos y hay uruguayos y extranjeros. El señor José Pedro Argul que presenta esta exposición insiste una vez más en su punto de vista de organizador de exposiciones de arte: provocar de todas maneras la comparación de artistas nacionales con los de otras naciones. Ha escrito el señor Argul que a nuestro ambiente de arte la escasez de oportunidades de confrontación le resulta perjudicial y por ello es obligación el tratar de facilitar los contactos para lograr las exactas medidas. A veces la confrontación puede hacerse entre pintores de una misma tendencia como reunir Rusiñol con Blanes Viale, Figari con Vuillard, Arzadum con Arturo Tossi y otras veces la comparación sutil e instructiva se hace en base a afinidades selectivas poniendo artistas distanciados en el tiempo por varios siglos, tal el caso que recordamos en una exposición donde unos dibujos de J. Cúneo de su época de Salto estaban rodeados de los amplios grabados del Piranesi, confirmando el famoso artista de otros tiempos italiano, los altos méritos del viviente uruguayo.

La exposición presenta varias telas de pintores uruguayos transcurridos: Dos "Marinas" de Larravide donde hay buenos estudios de oleaje y otra pintada a la "gouache" de agradable coloración cuyos méritos se acrecen por su valor documental pues está referida a la construcción de la Escollera Sarandí. Otra Marina conocida de P. Blanes Viale de sus primeras estadas en Mallorca y un cuadro de particular



Ricardo Aguerre. "En la fuente".



Horacio Espond



"Mar gruesa".



Alfred De Dreux. "Caballero".

...de ...TOÑO

...nteres "Tropa de ganado atravesando un ...rroyo" de Horacio Espondaburu. Este ar...tista que con el catálogo de esta Exposi...ción de Otoño está inscrito entre los coti...zados valores locales. había nacido en Mi...nas en 1853 y fallecido en la Villa de la Unión en 1902 según los datos del libro de José María Fernández Saldaña de "Pin...tores y Escultores Uruguayos" en cuya no...ticia destaca esta obra que ahora conoce...mos. **Según datos de la familia del artista, Espondaburu pintó abundantemente, mas** no habría necesidad de ninguna tradición oral pues la habilidad de oficio que demuestra este cuadro testimonia a las claras una mano habituada al diseño que permite copiar la escena rústica con apreciable justeza.

La documentación en las artes no debe estar solamente sostenida por una veracidad en la que hoy la máquina fotográfica documenta de manera insuperable, sino que deb engalanarse la factura con el gusto o placer de la interpretación. Es en esto que Espondaburu destaca su valor máximo y cuando puedan reunirse sus dispersas obras se le reconocerá una sabrosidad nativista en su obra, ya en un momento **más cercano a nuestros días que en la interpretación que hiciera Juan Manuel Bla**nes, su maestro. De los pintores actuales se exhiben telas de Arzádum, Cúneo, Aguerre y Amézaga.

En cuanto a los extranjeros, dos tablas de Escuela Piamontesa del siglo XV distinguen en el conjunto su rigurosa sumisión al estilo, por el contrario la tela "Ermitaños en oración" que lleva el símbolo inconfundible de Alessandro Magnasco, maestro de la Escuela Genovesa de primera mitad del siglo XVIII luce la espontaneidad de sus frescas manchas y su toque dibujístico de gracia sin par. Uno junto a otros, las tablas anteriormente señaladas con esta dramática escena del Magnasco, hacen una vez más la señalación del pase de lo lineal a lo pictórico. **También diferentes son estos dos artistas destacados del siglo XIX, Giulio Carlini, con te**las en los museos de Venecia, Trieste y Parma y el francés F. O. Tassaert, con pintura en el Museo del Louvre y más conocido por nosotros por existir varias de sus obras en el Museo Nacional de Bellas Artes. Este último busca en su tela "El niño enfermo", y lo consigue, la extraordinaria espectacularidad por el claroscuro, mientras Carlini teje en su escena la trabazón de una atmósfera pictórica de un interior. Solitaria es la gracia del gran pintor Alfred De Dreux nacido en París en 1810 y fallece en la misma ciudad en 1860. Era pintor de elegancias, particularmente de caballeros y amazonas de las avenidas del Bois de Boulogne. Fue en esta temática un relator insuperado, retratista de la elegancia mundana y experto conocedor de todas las bellezas de un "pur sang".



"Tropa de ganado".



F. O. Tassaert. "El niño enfermo".



Una escena de "Oberon", en el "Gran Opera", de París.

OPERA DE PARIS

TRADICIONALMENTE, París tuvo a lo largo de su vida artística, dos teatros de ópera. Uno suntuoso, y el otro bueno. El suntuoso es el "Grand Opera", edificio grandioso (sobre el cual escribió hace poco en estas páginas mi dilecta alumna y amiga Susana Salgado Gómez) y que cubre la mayor superficie entre todos los teatros del mundo. El otro, muy superior en cuanto a calidad musical, a través de muchas épocas de su historia, es la "Opera Comique".

Conocida es la antipatía que el grueso del público parisiense siente por las novedades musicales. No se necesita remontarse hasta el célebre fracaso del "Tannhauser" wagneriano o a la incomprensión total con que se recibió al maravilloso "Pelleas y Melisande" debussiano, cuarenta años más tarde, al comienzo de nuestro siglo. Basta con mirar el repertorio de los últimos años para darse cuenta que los estrenos son raros (en materia de óperas propiamente dichas) y que ninguno de ellos se ha convertido en éxito duradero.

Sin embargo, desde hace unos pocos años la Gran Opera va experimentando un auge extraordinario, una popularidad como pocas veces la ha conocido en el transcurso de su historia. Hay que asegurarse las entradas con semanas, con meses de anticipación. Claro que no todas las funciones gozan de la misma preferencia del público. Son, ante todo, tres obras las que arrastran imponentes multitudes: "Las Indias Galantes", ópera olvidada de Rameau y con la cual la Gran Opera descubrió su "nuevo estilo", si así podemos llamarlo. Luego vino (en 1954), el "Oberon" de Weber, y en el año actual "La Flauta Mágica" del genio salzburgués Mozart, al cual veneran hoy todos los pueblos, todas las edades y todas las clases sociales por igual. ¡Quién hubiera pronosticado a Weber semejante éxito de boletería, y esto en París y con una obra que nunca pudo afirmarse en los escenarios! ¡Quién a Mozart que su última obra, escrita en el año de su prematura muerte (1791), podría batir los records de taquilla a más de siglo y medio de distancia!

Mi camino me llevó a París, a donde llegué un domingo de tarde. (Después de un vuelo de una hora y veinte minutos desde Zurich). Solamente la gentileza de las autoridades de la Gran Opera —amigos y conocidos desde los tiempos de preguerra en que dirigí conciertos en París— pudo realizar lo imposible: instalarme en un palco, la misma noche, para ver la ya célebre "mise en scéne", alabada y vituperada, de "Oberon". Me hallé en medio de un teatro ocupado hasta el último asiento, rodeado por gente elegantísima que había pagado altísimos precios para asistir a esta función. Una vez más me pregunté: ¿Es que los parisienses han descubierto de repente su corazón por una ópera de bellos fragmentos musicales, pero bastante aburrida a lo largo de su romántica acción? Pronto tuve la respuesta.

Quiso la casualidad que pocos días antes hubiera visto la misma ópera en un buen teatro suizo. Sufrí bastante con la hibridad de su libreto (que ya hacía penar al propio Weber hace 130 años), mitad cuento de hadas, mitad novela inverosímil, pero gocé plenamente con los trozos musicales bellísimos salidos de la pluma de un autor marcado ya por la muerte a pesar de su juventud.

En el teatro suizo, la obertura ya había sido un acontecimiento. Concentrados los oídos en la música, la sala a oscuras, se presentía a través de los famosos sonidos la heroica lucha por el amor. En París, el asunto era distinto. Mientras la (excelente) orquesta tocaba el preludio, se iluminaba un espléndido telón: castillos en las nubes, fantasmas, figuras de leyenda, un dibujo de mano maestra, de maravillosa unidad de color. Una fiesta para la vista, que relegaba a segundo, a último término la música.

Y así seguían los cuadros, uno a uno, y cada uno más estupendo que el anterior. No hubo un momento de calma en la escena. Ora aparece un ballet oriental, con inimaginable despliegue de trajes y colores, ora se encienden paulatinamente luces y estrellas sobre una ciudad musulmana, mil veces más deslumbrante que las más ardientes fantasías de las Mil y Una Noches. A un bosque poblado de seres verdaderamente fantásticos, sigue una tormenta en el mar cuya realización es una pieza maestra de maquinería e iluminación. Y cuando las olas se calman y un grandioso amanecer se extiende sobre el escenario, la "regie" ha ideado otro efecto avasallador: un ballet en el aire. Es un número de circo: cómo las ninfas suspendidas por cuerdas (casi) invisibles vuelan por el cielo, cómo toda una corte de seres fabulosos va poblando la parte superior del enorme escenario. Una "féerie" nunca vista desde los tiempos del teatro barroco, y perfeccionada aún con los medios técnicos del siglo actual. Todo el teatro en suspenso estalla en frenéticos aplausos ante tan deslumbrante escena.

La técnica moderna al servicio de un teatro casi barroco, de todos modos profundamente romántico! En el intervalo, mientras el público pasea sus "toilettes" por los foyers imperiales (que siguen siendo imperiales casi un siglo después del Imperio), trato de comprender lo que vivo esta noche. He visto las puestas en escena ultramodernas de Wieland Wagner, el nieto del "mago" de Bayreuth; he asistido (y colaborado en parte) en varios experimentos de ópera vanguardista. Me quedo estupefacto ante este "Oberon" (y cuya línea es la misma que la de "Las Indias Galantes" y "La Flauta Mágica"). Aquí se trata de combatir los peligrosos enemigos de la ópera con sus propias armas: al esplendor fílmico hollywoodense, a las revistas semidesnudas de tantos teatros parisienses. Opera como espectáculo, como revista de inauditos efectos, como desfile de belleza femenina, como "féerie" de gigantesco derroche, de trajes y decorados indescriptibles, de un colorido que el ojo bebe con verdadera voluptuosidad, sin alcanzar, ni en diez funciones, a ver la mitad de lo expuesto. Un mundo fantástico que deslumbra y subyuga irresistiblemente. Un desborde de fantasía que difícilmente puede calificarse con menos que genial.

Al salir del teatro, alguien me pregunta por la música. Me asusto de verdad. ¿Música? ¿Qué mIsica? Ha pasado tan inadvertida que podría dejarse de lado, tranquila y honestamente...

Dr. Kurt PAHLEN.

París, marzo 1955. — (Especial para EL DIA).

EL DESTINO DEL HOMBRE

LOS conflictos, las luchas, las guerras en que el Hombre expone su suerte individual y el destino de los pueblos, obedecen a causas profundas, pero que exigen nuestra reflexión, para ver si resultan accesibles y en posibilidad de ser fiscalizadas y, en caso extremo, si responden al "fatum" en que creyeron los antiguos, siempre ajeno a nuestra voluntad.

Como evidencia de fondo, los humanos nos empezamos a separar desde que abrimos los ojos a la concepción del universo. Porque a pesar de los esfuerzos de abstracción e imparcialidad que nos señala la ciencia, cada individuo y toda colectividad orgánica, se aferran a creer que su "yo" es el centro del orbe y acomodan a lo particular los términos de cuantas ecuaciones plantea la vida; lo que es posible porque sus problemas trascendentales no son matemáticos, sino filosóficos, doctrinarios, políticos o sociales.

Nos parece que gran parte del error apreciativo resulta, no tanto de que el punto de vista sea nuestro "yo", sino del lugar en que ese "yo" se ubica. Porque no es lo mismo mirar el horizonte de un pozo, sea grande como un abismo, que observar el de la cúspide erigida sobre el menor interés particular.

Es probable que nos pongamos de acuerdo para simplificar el universo a una función de tres valores capitales: el Hombre, la Naturaleza y lo Desconocido, que ponemos en mayúscula para favorecer el inquirir.

El Hombre es y no es Naturaleza. Aun para la concepción materialista es preciso reconocer el apartamiento de nuestra marcha supuesta de un origen natural.

Es decir: el Hombre es Naturaleza en la constitución de su cuerpo, y los aspectos fisiológicos y síquicos obligados, por ello, a la obediencia debida a las leyes que rigen la materia, desde lo más grosero a lo más sutil.

Todos los seres vivos describen órbitas de subordinación cerrada alrededor de un centro natural; excepto el Hombre, que sin desobedecer, se emancipa; lo que apreciamos como aprovechamiento de las leyes naturales, en un orbe que se concentra en la "civitas", donde todo es producto, transformación, invenciones, gobierno, construcción, disciplina, servidumbre y, en dos palabras: Naturaleza "humanizada", en tránsito de "sujeto" a "objeto". Esa obra del Hombre creador sobre la Naturaleza como creatura, tiene un nombre: el **mundo.**

Ese alejamiento de nuestro origen, en imponencia de ciudades, puertos, canales, diques, sembrados, parques, bosques, carreteras; con máquinas, motores, herramientas, turbinas; descubriendo, transformando, utilizando, dominando las formas, las sustancias, las fuerzas, comenzó por ser muy lento, pero hoy crece de modo tan acelerado que vamos en tren de agotar nuestros arsenales telúricos y ya dirigimos los ojos de la inteligencia hacia los hontanares cósmicos.

Y aquí podemos establecer una primera verdad:

El Hombre se ha ido separando de la Naturaleza sobre una dirección que lo une a sus leyes, al ritmo y la distancia de su capacidad creadora UTILITARIA: apartamiento que llamamos Civilización.

Ahora viene lo más extraordinario, diríamos lo maravilloso de nuestra estirpe única. Porque al tiempo que nos independizamos para satisfacer nuestras necesidades, por obra de transformación y cultivo de porciones colosales de Naturaleza, adquirimos conciencia de que somos, además de seres productores y consumidores, otra cosa muy distinta; sentimos vocación por cuestiones que poco o nada tienen que ver con la utilidad; respondemos a una suerte de llamada, que nos impresiona como de algo superior, y que se manifiesta:

—en expresiones, no de inteligencia, sino de sentimiento puro; en amor hasta los grados del sacrificio, al punto de contrariar las mismas imposiciones de la vida, en sus imperativos de defensa y perduración; en las formas de apostolado, heroísmo, fraternidad humana y devoción hasta los límites de la sublimidad;

—por una actividad creadora de orden abstracto, consagración a la ciencia pura, al arte por el arte, la mística del deber, la vocación filosófica;

—en el impulso de continuidad hacia "algo" o "alguien" Desconocido, que se traduce en elación general que tiende a formas concretas como "historia", "culto", "doctrina"; y valores como "justicia", "libertad", "derecho", "humanismo"; y de identificaciones de nuestro "yo" con evidentes paradigmas, Confucio, Sócrates, Jesús, Gandhi, que intuímos como semejanza del "algo" o "alguien" que se evidencia y nos atrae más que el imán al hierro; y por los vínculos incontrastables entre nuestro presente con el pasado y el futuro, como si se nos revelase la realidad del destino del Hombre, asegurando la suerte de cuantos documentos y obras contribuyen a mantener nuestro rumbo en una dirección que "sabemos" que, entre las infinitas posibles, es la "verdadera"...

Estamos en condiciones, pues, de señalar una segunda constatación, la que da sentido excepcional y grandioso al género humano. Es ésta:

A medida que el Hombre se aparta de la Naturaleza, se acerca a "algo" o "alguien" Desconocido, en una suerte de línea nueva, al ritmo y la distancia de sus creaciones no utilitarias o DESINTERESADAS, acercamiento que llamamos Cultura.

Entendámonos. El concepto **Desconocido** no tiene para la Cultura, la acepción que corresponde a las incógnitas del orbe de la Civilización. En ésta prima la "inteligencia", y lo ignorado hoy será descubierto mañana. La región de la Cultura pertenece al "sentimiento", es alógica, prima la conjetura y lo que se alcanza a revelar no es por inferencia ni experimentación, sino por intuición, por inspiración y otras formas difícilmente explicables aunque instantáneas y efectivas.

No es posible negar el influjo de lo trascendental Desconocido, desde que lo siente la casi totalidad del género humano, en proporción a la exquisitez de cada uno. Y no hay porqué oponerlo a la razón, desde que todos los modos de conocimiento son complementarios y coadyuvantes a la aceleración de nuestro destino. El mal radica en sus formas concretas y militantes de religión, arte, filosofía y política. El que procure la armonía, no fluya por su diversificación innumerable, sino que se remonte, en la barca de los factores comunes a todas, hacia la fuente de su unidad originaria y maravillosa.



Marcha ascendente del Hombre, desde la Naturaleza hacia lo Desconocido trascendental.

El destino del Hombre es, entonces, como una marcha en función de dos ejes conjugados, en curvatura ascensional entre la Naturaleza y lo Desconocido, entre materia y espíritu, entre Civilización y Cultura. El Hombre cabal no ha de ser ni tan Sancho que se acueste sobre la primera línea, ni tan Quijote que se pierda sobre la segunda.

El conflicto, el sufrimiento, la lucha, son factores extraordinariamente positivos, que aceleran el progreso espiritual. Pero no ocurre lo mismo en tratándose del orbe material, sujetado al orden para no ser caos, y donde toda acción produce una reacción proporcionada a la energía en desequilibrio, que puede alcanzar proyecciones catastróficas. Y de aquí surge una tercera constatación:

El progreso humano depende de la armonía entre sus proyecciones de Civilización y de Cultura. El influje desmesurado, el desconcierto y hasta la anulación de la una por la otra compromete la calidad y el destino del Hombre en proporción a la desarmonía.

Si esta hora que padecemos nos resulta infortunada, peligrosa y hasta **decadente** es, sin género de dudas, porque avanzamos con inmensa celeridad y como "aplastados" sobre la línea del progreso material. Las parábolas del individuo, del pueblo, del género humano se remontan apenas. Es llegado el momento de una compulsa de imparcialidad y salvación.

Reconozcamos que desde el hogar a la primera infancia, de la obra de los liceos a las universidades, desde el periodismo al cine, de la política a la diplomacia, en todo cuanto influye sobre las mentes individuales y colectivas, se sufre idéntico error, que se suma y multiplica: el Hombre se "instruye" cada vez más y se "educa" cada vez menos. Informan, pero no conforman. Independizan, pero no liberan. Vigorizan y enriquecen, pero sin aumentar los bienes reales sobre las falacias de la fuerza y el poder. Y no es posible mayor contrasentido que el de una humanidad **inhumana.**

Nunca la farsa de la Cultura ha llegado a los atrevimientos exitosos y dominadores de la actualidad, por los absurdos "apóstoles" del arte, la religión, la filosofía, la política, las zonas sagradas del espíritu. El **kitsch** o industria y explotación populares de la Cultura, se aprovecha a límites monstruosos de los descubrimientos científicos de nuestra época y distribuye entre las almas toxinas infinitamente más peligrosas que las que suelen envenenar los cuerpos. Ciencia sin conciencia, trabajo sin pasión, riqueza sin conducta, placer sin amor, convivencia sin buena fe, no nos darán ni la paz, ni la dicha, ni el progreso integral y efectivo.

La salvación de la cultura es un problema colectivo, pero también individual. Todos estamos en trance de perdernos, y corresponde a cada uno medir más hondamente su militancia y su proceso. El destino se va haciendo de pensar, sentir y obrar. Siquiera por un instante desfloremos la glosa del poeta:

"En un mundo infeliz, de errores lleno, quien busque la verdad ha de ser bueno".

Edgardo Ubaldo GENTA.

(Especial para EL DIA).

INFORMACION LOCAL

Homenaje en la "Casa del Teatro del Uruguay" a la Comedia Nacional por su brillante actuación en Chile. Aparecen en las notas el momento en que se lee el discurso de bienvenida del presidente de la corporación, nuestro dilecto compañero Cyro Scoseria, y un sector de la concurrencia rodeando a las autoridades nacionales y comunales, que asistieron al acto.







Exposición de Fotografía Artística en la Escuela Naval, con temas relacionados con la vida de mar, organizada por la revista "Barlovento".





La "Sociedad Meteorológica", del Instituto de Estudios Superiores, visitó el Planetario Municipal.



Don Juan Musto rodeado de familiares y amigos con motivo de la celebración de sus noventa años.





Inauguración de las "Jornadas Pediátricas Uruguayas" en el Hospital Pereyra Rossell, con un ciclo de conferencias organizadas por la Sociedad de Pediatría.



Los hebreos de Montevideo iniciaron en el teatro Solís la serie de actos de la "Semana Hebrea", conmemorativos de la creación del estado israelí.



LOS estudios de folklore acumulan descripciones o relatos en torno a atávicos ritos, en su mayoría bellos, y no pocas veces, inusitados.

Son todos ellos comprensibles, y obtienen por esto mismo, fuerza atractiva como espectáculos pintorescos y, en grado sumo, recreativos.

Es importante señalar, entretanto, que en estos acontecimientos populares, tal aspecto meramente pintoresco es rebasado en la medida que nos acercamos y llegamos a comprenderlos mejor como revelación de fenómenos humanos. Y es entonces cuando advertimos que ellos se originan y desarrollan respondiendo a una íntima y trascendente necesidad asomada en los seres a modo de vitales raíces en la vida cósmica.

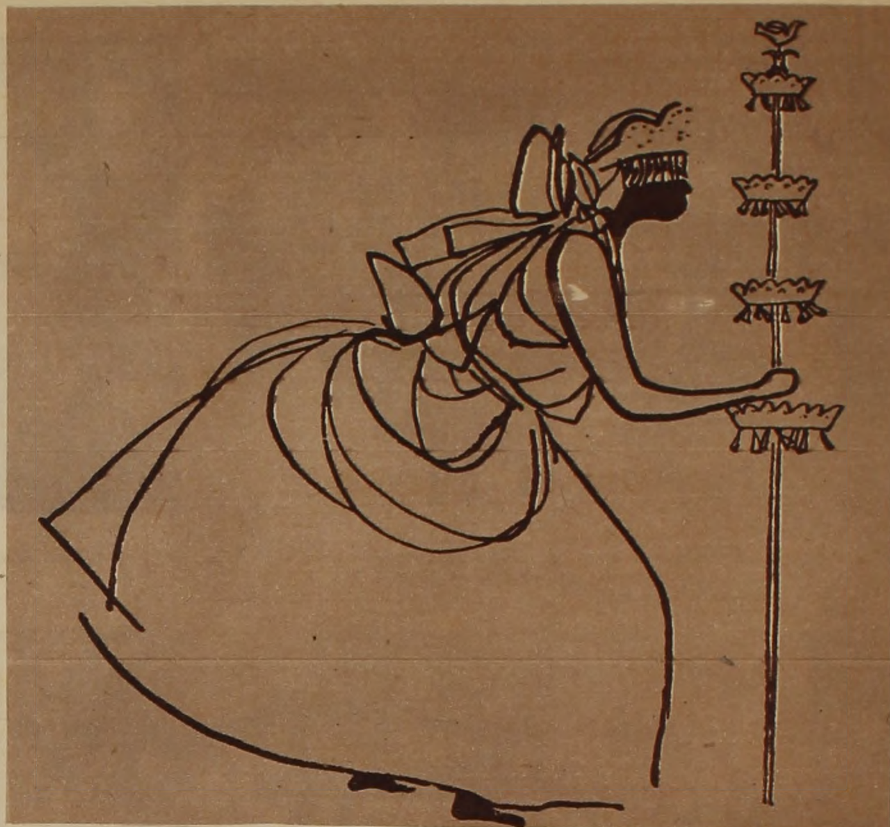
No nos referimos, en este sentido, a un deseo de pasatiempo o diversión, que pudiera subordinarse a cualquier llamado, sosteniéndose tan pronto en una ficción como en otra, en la imprecisa fuga de los sentimientos.

Esto, en definitiva, constituye un anhelo que fluye inconstante e indeterminado, acompañando nostalgias o alegrías con la misma soberana abstracción con que revolotean mariposas en el aire de los jardines.

Las multitudes en las ciudades modernas, son dóciles en este tipo de inquieto deambular con que se desplazan de una a otra de las atracciones o diversiones de cada día.

En los hechos colectivos encuadrados en el folklore puede ocurrir que circunstancias similares, sean también las que impulsan su permanencia en el transcurrir del tiempo. Pero cuando tal es el único deslumbramiento que acompaña a los ingenuos participantes, tiene aún validez el viejo axioma de los etnólogos al clasificar el consecuente abandono del flujo vital y originario como evidencia y resultado del extravío y la decadencia.

Si algún rito se transforma en espectáculo, se irán apaciguando hasta el olvido, las transfiguraciones cósmicas que le dieran lugar en los primeros objetivos de sus trances humanos. Y si tan sólo es, ya, un espectáculo, entonces sobre él, definitiva-



Una "hija de santo" de Candomblé. (Dibujo de Carybé, artista argentino radicado hace algunos años en el Estado de Bahía. Brasil).

UNA HORA MISTICA DE LAS MACUMBAS

mente alejadas las tenues y puras alas del pensamiento místico, la razón habrá disipado el misterio irrecuperable.

Esto no es desconocido por ninguno de los patronos o jefes de las macumbas brasileñas. El cúmulo de prescripciones y *tabús* que imponen a todas las prácticas, constituyen indicación precisa de que el peligro de contaminación es advertido, y se recurre en cada caso, a supremas prohibiciones, con que la divinidad, por su portavoz y representante, defiende previamente la inocencia de los iniciados.

Pero esta pacientísima disposición de sagrados preceptos con que se levantan obstáculos a la penetración de lo intrascendente, claudica generalmente ante la presencia de móviles utilitarios, surgiendo un sin fin de prácticas que resbalan hacia el elemento espurio de la magia negra. Y esto se agrava además, porque todos estos jefes y patronos se ven urgidos por el dolor humano, y por sus esperanzas, y se hace muy difícil ostentar poderes sobrenaturales que no obren ufanamente en contra de las enfermedades y tantos otros motivos de inquietud que hostigan continuamente a aquellos seres.

Son raros, por lo tanto, los ritos de macumbas, en cuyos actos no se recurre a todos estos equívocos de la sugestión en demostraciones que a fuerza de ser tan ingenuas nos conmueven como extremos inauditos de la inocencia.

En el norte brasileño, asistimos sin embargo, a ritos de otra índole que mantienen seguramente una pureza hierática siempre concorde con los grandes ritmos de la naturaleza, sobreponiéndose a la humana debilidad, para perseverar en la trascendencia hacia el cosmos y la eternidad.

Uno de los más antiguos *Candomblés* del Estado de Bahía, ubicado en una de las colinas que rodean su capital, celebra un solo y único ceremonial en todo el año. Se lleva éste a cabo el último viernes del mes de setiembre, y por sus características podríamos relacionarlo fácilmente con los grandes ritos primaverales de las culturas primitivas.

Su exclusiva finalidad consiste en propiciar la fecundidad de la tierra y de toda la creación de la naturaleza.

Se efectúa pocas horas antes del amanecer, y la única función que cumplen los respectivos oficiantes, es la de trasladar humildes jarras llenas de agua sagrada, desde una vertiente de la montaña hasta un gran recipiente que se encuentra adornado con el fetiche del dios de la fecundidad ,(OJALA).

A los pocos instantes, el agua desborda completamente, pero durante horas, hasta los primeros rayos del sol, las hijas sagradas ("filhas de santo") ataviadas con sus características y amplísimas sayas y sin interrupción — mientras apenas se oyen suaves y sordos ritmos de timbales— repetirán con perseverancia esta operación, desde el arroyo hasta OJALA, y su consiguiente retorno.

El convencimiento existente en estos iniciados, de que sin este sacrificio de las aguas, efectuado en tan precisa hora mística, quedaría en peligro toda la procreación de la naturaleza, trasciende hacia el logro de un bien general, solidario y digno.

Llegada el alba se iniciarán los cánticos, hasta que el sol alcance el zenit del mediodía, y luego la pequeña choza que contiene el primitivo fetiche de cuentas blancas y caracoles de mar, se mantendrá cerrada hasta que nuevamente, en horas cercanas a la madrugada del último viernes de setiembre, la tosca campanilla de latón convoque nuevamente a las hijas sagradas para el ceremonial de la purificación de las aguas de OJALA.

La trascendencia cósmica a la cual obedece este rito es demasiado evidente, y la sencillez de los actos y de las respectivas ofrendas, sin falsos alardes de espectáculo, introduce un hálito de belleza y transfiguración que eleva e ilumina las nobles intenciones de todos aquellos iniciados.

Podríamos relatar aún algunos otros ritos de la misma especie, que se mantienen todavía en aquellas regiones —tal el que se dedica a YEMANYA, diosa de los mares y de los ríos, que posee igualmente su hora mística en la noche del 31 de diciembre y desarrolla también trascendencia humana en una extraña leyenda de la unión del cielo con las aguas— pero ello daría lugar a una extensión inusitada del presente trabajo, cuya única finalidad ha sido la de poner de relieve el arraigo cósmico del más puro pensamiento primitivo.

Alberto SORIANO.

(Especial para **EL DIA**).



Llegada el alba se iniciarán los cánticos. (Dibujo de Carybé).



La sencillez de los actos y de las respectivas ofrendas. (Dibujo de Carybé).

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS ®



STERLIN SHEA Y GEORGE FEARONS SE ENFRENTARON A LA HORRIBLE CULMINACIÓN DE SUS AVENTURAS EN LA SELVA...LA CÓLERA DE UNA PANTERA NEGRA!



